

Pastor's Note ~ Justice

The virtue of justice is perhaps second to the virtue of prudence in terms of how well the term is understood. But where prudence as a concept is not often thought of, and so not well understood, justice is understood only very narrowly. We tend to think of justice in terms of punishment, with the phrase “bringing criminals to justice” coming up whenever someone has committed a crime, particularly a heinous one. If one goes to school to study what’s necessary to become a police officer, he takes a degree in “criminal justice,” though it is called by different names in different institutions. But there is more to justice than punishing wrongdoing.

Justice is little more than the virtue of giving everyone his due, of treating everyone according to how he ought to be treated. This certainly means punishing the wrongdoer, but it also means giving to everyone the good he is due. If you contract with me to design a coat of arms for you, then I owe you the finished design, and you owe me the payment we agreed upon. If you give me less payment than we agreed upon or I fail to deliver the goods, then injustice has been done.

One of the more fascinating aspects of the virtue of justice is one of the sub-virtues found within it, that of the virtue of religion. If justice is to give to everyone his due, then religion is the virtue of giving God his due, and thus worshipping him and doing as his Church has commanded. It seems strange to talk about giving God his due, for he is the infinite good, and we can never give him what he deserves. Further, any good we render to God in our worship and praise of him adds nothing to his goodness, for he is perfect and lacks nothing. But we are to live virtuously by giving praise and worship to God because it is most fitting for us—we were designed for union with God, and thus it fulfills our purpose to reach out to him in this way.

Justice can mean satisfying our obligations toward God, toward others, and even toward the law, which, because it establishes order in society, points to fulfilling our obligations toward others. It is possible to act justly in one way but not in another. We might do something which is perfectly legal, but which is unjust when directed toward our neighbor, or which offends God, in spite of its legality. Amusingly, we could think of it in this way: as a pastor, I have the faculty to dispense from the Church’s requirement that we fast for one hour before receiving Holy Communion. According to an old principle of Church law, “he who can dispense others can dispense himself.” Therefore, I could dispense myself from the communion fast. I would be acting entirely within the law to dispense myself from the communion fast immediately before the point in the Mass where I am supposed to commune, and then eat a comically large sandwich shortly before doing so. I am dispensed from the fast, and so I did not break the law by failing to fast. However, I have offended against the virtue of justice in another way: I have committed an irreligious act by interrupting the most sacred part of the Mass to eat a sandwich. And I have offended in my obligations before others, by giving a poor example of how one should conduct himself in Church. A priest should never eat a sandwich at the altar, nor give example to others to do so.

Nota del Párroco ~ La justicia

La virtud de la justicia es quizás secundaria a la virtud de la prudencia en términos de qué tan bien se entiende la palabra. Pero mientras la prudencia como concepto no se piensa a menudo y, por lo tanto, no se comprende bien, la justicia se entiende solo de manera muy restringida. Tendemos a pensar en la justicia en términos de castigo, con la frase "llevar a los criminales ante la justicia" cada vez que alguien ha cometido un crimen, particularmente uno atroz. Si uno va a la escuela para estudiar lo que se necesita para convertirse en oficial de policía, obtiene un título en "justicia penal", aunque recibe diferentes nombres en diferentes instituciones. Pero la justicia es más que castigar las malas acciones.

La justicia es poco más que la virtud de dar a cada uno lo que le corresponde, de tratar a cada uno como debe ser tratado. Esto ciertamente significa castigar al malhechor, pero también significa dar a todos el bien que se les debe. Si contrata conmigo para diseñar un escudo de armas para usted, entonces le debo el diseño terminado y usted me debe el pago que acordamos. Si me da un pago menor al que acordamos o si no entrego la mercancía, entonces se ha cometido una injusticia.

Uno de los aspectos más fascinantes de la virtud de la justicia es una de las sub-virtudes que se encuentran en ella, la virtud de la religión. Si la justicia ha de dar a todos lo que es debido, entonces la religión es la virtud de dar a Dios lo que es debido, y así adorarlo y hacer lo que su Iglesia ha mandado. Parece extraño hablar de darle a Dios lo que le corresponde, porque él es el bien infinito, y nunca podremos darle lo que se merece. Además, cualquier bien que le demos a Dios en nuestra adoración y alabanza de él no agrega nada a su bondad, porque él es perfecto y no le falta nada. Pero debemos vivir virtuosamente dando alabanza y adoración a Dios porque es lo más apropiado para nosotros: fuimos diseñados para la unión con Dios y, por lo tanto, cumple nuestro propósito de acercarnos a él de esta manera.

La justicia puede significar satisfacer nuestras obligaciones hacia Dios, hacia los demás e incluso hacia la ley, que, debido a que establece el orden en la sociedad, apunta al cumplimiento de nuestras obligaciones hacia los demás. Es posible actuar con justicia de una manera, pero no de otra. Podríamos hacer algo que es perfectamente legal, pero que es injusto cuando se dirige hacia nuestro prójimo, o que ofende a Dios, a pesar de su legalidad. Podríamos pensar en ello de esta manera graciosa: como pastor, tengo la facultad de dispensar del requisito de la Iglesia de ayunar durante una hora antes de recibir la Sagrada Comunión. Según un antiguo principio de la ley de la Iglesia, "el que puede dispensar a otros, puede dispensarse a sí mismo". Por lo tanto, pude dispensarme del ayuno de la comunión. Actuaría completamente dentro de la ley para dispensarme del ayuno de comunión inmediatamente antes del punto de la misa en el que se supone que debo comulgar, y luego comer un emparedado cómicamente grande poco antes de hacerlo. Soy dispensado del ayuno, por lo que no violé la ley al no ayunar. Sin embargo, he ofendido la virtud de la justicia de otra manera: he cometido un acto irreligioso al interrumpir la parte más sagrada de la Misa para comerme un emparedado. Y me he ofendido en mis obligaciones ante los demás, al dar un mal ejemplo de cómo uno debe comportarse en la Iglesia. Un sacerdote nunca debe comer un emparedado en el altar, ni dar ejemplo a otros para que lo hagan.